

Que duermas bien

Primitivo Selvático Furioso

Capítulo 1

Que duermas bien

Antoñito es un niño pequeño. Normalmente tiene frío porque duerme en el suelo. Recientemente ha descubierto que la suciedad protege bien contra el frío. Ha decidido dejar de lavarse. De ese modo, piensa, se formará sobre su piel una costra de porquería que le mantendrá en calor.

Un día su madre fue a darle las buenas noches. Nada más acercarse ya notó el mal olor.

-¿Tú te lavas? -le preguntó.

Antoñito es un buen chico y sabe que mentir es pecado. Está obligado a decir la verdad.

-No, mamá -dice con vergüenza pero a la vez con alegría porque está siendo fiel a Dios.

La mamá suspira. Suspira por dos motivos. Por un lado, Antoñito es un niño guarro que no se lava. Eso es malo. Por otro lado, Antoñito es un niño fiel que no miente, y eso es bueno. El suspiro de mamá, por tanto, es ambivalente, y también lo va a ser su reacción.

-Verás, Antoñito -le dice-. Como no te lavas te voy a castigar. Déjame ver la mierda que tienes encima.

Era realmente mucha, un gruesa costra de porquería adherida a su friolera piel.

-Muy bien -dijo la mamá-, esa costra de mierda la vamos a arrancar ahora mismo.

Mamá fue a la cocina y cogió un pelador de patatas con el que peló de arriba a abajo a Antoñito. No fue una tarea fácil, porque muchas veces no sólo pelaba la capa de mierda, sino también la piel que había debajo. No obstante Antoñito no se quejaba demasiado. Es verdad que lloraba, pero quejar, lo que se dice quejar, no se quejaba. Lloraba y nada más.

Cuando terminó dijo la mamá:

-¿Ves Antoñito? Ya estás limpio. Sé que te ha dolido, pero ese dolor proviene de tu mal comportamiento. Si no te vuelves a portar mal no

volverás a tener dolor.

-De acuerdo mamá -dijo Antoñito secándose las lágrimas.

-Muy bien, querido hijo -dijo la mamá-. Ya has cumplido el castigo. Ahora te toca la recompensa.

La mamá fue a su habitación y retiró una manta -la única- de su cama y se la llevó a Antoñito.

-Hijo mío -dijo-, te doy mi manta. Es la única que tengo. Sin ella pasaré frío, como lo pasabas tú. Pero yo soy tu madre y me tengo que sacrificar por ti. Aquí la tienes. Abriégate bien con ella. Así no necesitarás volverte a cubrir de mierda. Yo sé que en el fondo eres bueno, hijo mío. Espero que este regalo te llegue al alma y te guíe permanentemente hacia el bien.

Antoñito cogió la manta pero no supo qué hacer con ella. Era la primera vez que veía una. Siempre había dormido en el suelo, bien cubierto de mierda para no pasar frío. ¿Para qué quería él ahora ese cacho de tela dura, que además le rascaba las heridas? Así que la echó hacia un lado y siguió durmiendo a la intemperie, como siempre, pero hoy tenía menos frío porque la sangre que manaba de sus heridas le calentaba. La madre, viendo que Antoñito no quería la manta, la recogió y se la llevó de nuevo a su cama, no sin antes darle un beso en la frente y desearle buenas noches, que duermas bien.